

Un elogio de Costa Rica

(De la *Nueva Prensa*, San José, C. R.)

HAY un elogio de Costa Rica ⁽¹⁾ hecho en generosas palabras y en brillante concepción mental por Antonio Caso, un mexicano que pertenece al grupo de hombres que más se han señalado en su país en la hora presente.

El elogio es de fino oro y podría decirse que es como una preciosa águila de oro que un príncipe Azteca le envía, en mensaje de amor, a una princesa del Golfo de Nicoya, y ello es posible porque no fueron del todo indiferentes los pueblos indígenas a las relaciones de cortésana amistad.

Muchos elogios vienen a Costa Rica en los últimos años. Quien quiera que en América, sobre todo, puede decir en bella forma su amor a este país nuestro, no nos escatima una palabra amable para llenarnos de orgullo o para hacernos justicia. La República se merece esa liberal pleitesía de que es objeto y en que parecen andar en concurso las mejores inteligencias de la raza y sobre todo sus caballeros más representativos. Pero el elogio de Caso por la inspiración que lo alienta, por la gracia severa con que viene vestido, por el elevado concepto en que tiene a la pequeña República modelo y por el deseo en hacer de ella un ideal ciudadano y democrático en América, el solar de costumbres políticas puras, bien merece, ese elogio de Caso, ser fundido en plata refinada, de la que habla el salmo antiguo cuando habla de la sabiduría, y ser puesto en lugar visible de toda escuela y ser conservado en la fresca memoria de los niños para que palabras semejantes que son lección al mismo tiempo que obra de arte, no se olviden y sean, más bien, germen fecundo para el espíritu.

Allí se resume todo el bien que nosotros hemos hecho y por lo que hemos venido trabajando pacientemente y al reconocerlo los extraños conviene tenerlo por estímulo para una perseverante y optimista acción en la práctica de los buenos hábitos civiles.

Otro pensamiento nos sugiere el elogio de Caso: la confianza de que el alma de los dos países, el de él y el nuestro se acerquen en amistad que tiene origen en motivos superiores y que puede ser permanente y grande. Porque necesitamos ya esa amistad, no por necesidad política y menos aún para fomentar obras o prevenciones y odios a otras razas o pueblos distintos, sino porque es natural fortalecer y reintegrar el alma latino-indígena de América para el bien o para la belleza o para la gloria.

Nos parece que hemos sido un tanto indiferentes, los costarricenses, con estas cosas o que podríamos haber roto las exigencias puramente diplomáticas, para que los dos pueblos vivieran horas espontáneas de más profunda y duradera simpatía. Porque dos pueblos se estimen y porque confundan sus propias fuerzas en el cumplimiento de ideales comunes, no se lastima ningún interés extraño ni hay por qué sujetarse a prevenciones tan infecundas como éstas.

En América debemos quitarle a la discordia sus raíces y dejar el campo listo para el grano de mostaza del Evangelio. Pero para que el Continente sirva, todo él, a la concepción de un nuevo tipo de hombre sin raza y de un valor más universal o siquiera más continental, los que por naturaleza pertenecemos a una misma familia debemos unificar mejor nuestros aislados destinos y formar una conciencia más fuerte y menos compleja. ¡No miremos a México como el atalaya de la raza en el Norte, no! Que él mismo y que nosotros lo tengamos como una vigorosa unidad de espíritu continental por medio de la que nos resulte más fácil iniciarnos en la amistad sagrada y humanitaria de los hombres o de los pueblos o de las ra-

zas que viven más allá de las fronteras mexicanas y de las cuales éstos con sus ríos o con sus montañas formen como un pórtico majestuoso y severo. El amor o la simpatía de las razas no puede ser otra cosa que una forma preparatoria del amor o de la simpatía de todos los hombres para satisfacer los anhelos o los intereses de la humanidad. Lo que esté lejos de este concepto, lo que no se ajuste religiosamente a él, lo que contradiga su virtud, no hace más que servir al mal del hombre.

No querramos ser con México políticos; seamos con él amigos. Hay que rastrear el viejo camino indígena que desde la capital del Imperio Azteca se extendía hasta las suntuosas riberas de nuestros dos mares, por encima de las montañas o por los preciosos valles, y que las embajadas que nos vengan por ellos o que nosotros enviemos, hagan posible una amistad más doméstica, más familiar, más íntima, mejor caldeada al calor de los sacros altares primitivos.

RÓMULO TOVAR

¿Juventud?

(Del *Diario de Costa Rica*, San José, C. R.)

LA Directiva de la Sociedad Gimnástica Española, compuesta toda ella de hombres jóvenes, acaba de dar una nota de vejez.

En *La Tribuna* del 17 del corriente, suscriben una protesta que sabe a chauvinismo requemado, contra la resolución adoptada por el Comité de las Olimpiadas, de invitar a la juventud deportista de la vecina República de Panamá para tomar parte en los juegos de fin de año.

Si una sociedad de burgueses adinerados, de cincuenta años en adelante, con intereses que necesitan de la enemistad con Panamá para prosperar, se reúne para forjar estas líneas de patriotería, habría sido algo lógico. Pero que un grupo de muchachos dedicados al sport,—que es un himno a la juventud y a la salud,—lo haya hecho, es lo que parece fuera de su lugar, pues supongo que su único ideal no está en hacer entrar una pelota con los pies por entre dos postes, para ganarle a un partido compuesto por individuos pertenecientes a un país de sus simpatías, aunque estos individuos pudieran ser personas despreciables.

Hace pocos días *La Tribuna* publicó también la noticia de que Herriot, el primer Ministro de Francia, había pronunciado un hermoso discurso al inaugurarse las conferencias franco-alemanas, en el cual daba «la más cordial bienvenida a los delegados alemanes» y hablaba con calor de la importancia de las negociaciones cuyo fin era hacer posible el intercambio entre dos pueblos vecinos, camino abierto para que Francia y Alemania contribuyeran en la obra común del progreso universal, etc.

Esto acaba de clamar una voz ansiosa de paz y lo grita cuando los horrores de una guerra de cuatro años todavía hieden, y lo dice quien palpó el espanto del odio humano desencadenado.

¿Cómo es posible entonces que la tarasconada de ambos países—que nosotros llamamos pomposamente «Guerra con Panamá» y los del otro lado de una línea imaginaria llaman con más pompa aún «Guerra con Costa Rica», dé lugar en el momento en que los hondos rencores europeos parecen ceder ante el juicio de hombres de amplia y noble visión—para los cuales los intereses verdaderos de los pueblos no están encerrados dentro de fantásticas fronteras,—a estas manifestaciones de odio que se revelan a través de elementos honrados de nuestro país? ¿Será odio en realidad o simple vanidad epidérmica? Y me pregunto también: ¿por qué estos jóvenes nunca se han reunido ni han escrito con igual calor para hacer una campaña contra la tuberculosis, por ejemplo? Eso sí que

(1) Véase dicho elogio en el N° 5 del *Repertorio*, tomo en curso.

es un terrible enemigo que se nos ha metido y que nos mata hermanos y hace miserable la vida de miles de compatriotas? Jamás el pueblo de Panamá en masa furiosa nos haría en un mes el daño que la tisis nos hace en un día.

¿Serán inoportunos los trozos que a continuación transcribo de una pieza de Bernard Shaw, *El Hombre y el Super Hombre*? Son fragmentos de un discurso semiburlón que hace el Diablo a don Juan Tenorio, con el que trata de convencerlo de que son la Muerte y el Odio los que dominan en nuestro planeta y no la Vida y el Amor. ¿Por qué los he recordado cuando he leído esta pieza de ¿patriotismo? de la Directiva de la Sociedad Gimnástica Española?

«Digo a usted que en las artes de la vida el hombre no inventa nada, pero en las de la muerte sobrepasa a la misma naturaleza. En las artes de la paz el hombre es un chambón. He visto sus fábricas de tejidos, con sus maquinarias que un perro avaro habría inventado si hubiera necesitado dinero en vez de alimento. Conozco sus torpes máquinas de escribir, sus chabacanas locomotoras y sus enfadosas bicicletas; son juguetes comparados con una metralleta Maxim o un torpedero submarino. No hay en la industria de máquinas del hombre sino avaricia y pereza. Su corazón está en sus armas.

«En una batalla dos ejércitos de hombres se matan los unos a los otros con balas, granadas, hasta que un ejército huye y el otro persigue a los fugitivos a caballo y los hace pedazos en su huida. Y ello—dicen las crónicas—muestra la grandeza y majestad de los imperios y la pequeñez de los vencidos. Sobre esto el pueblo corre por las calles aullando de placer, y arroja huevos al gobierno para que gaste millones en asesinar, mientras los ministros más poderosos no se atreven a gastar un céntimo extra en la lucha contra la pobreza y la enfermedad a través de la cual caminan diariamente.

«La plaga, el hambre, los terremotos, las tempestades, son bastante espasmódicos en su acción; el tigre y el cocodrilo se sacian fácilmente y no son tan crueles; se necesitaba algo más constante, más despiadado, más ingeniosamente destructivo, y ese algo fué el Hombre, inventor del potro de tormento, de la picota, de los calabozos, de la silla eléctrica, de la espada, del rifle y sobre todo de la «Justicia», del «Deber», del «Patriotismo» y de todos los «ismos», por medio de los cuales se persuade aun a aquellos que son bastante inteligentes para estar dispuestos con humanidad a convertirse en el más destructivo de los destructores».

La juventud inteligente y honrada no debe ayudar al Odio y a la Muerte en su tarea, ni con protestas como la que ha hecho escribir el presente artículo, en que la vanidad superficial, y el rencor, se cubren bajo lugares comunes como estos del «espíritu legendario costarricense, altanero y altivo», «fresca la sangre de nuestros compatriotas», «sentimiento patriótico», etc., etc.

¿Cómo voy a odiar yo al pueblo de Panamá porque su Presidente y sus ministros alentaron y lanzaron tropas de asalariados contra nosotros; porque hombres de instintos criminales—como también los hay en Costa Rica—mataron a hermanos nuestros; porque una chusma estúpida arrastró el escudo de mi Patria. (También aquí en San José una chusma formada por un montón de policías costarricenses dió cincha y arrastró mujeres y niñas costarricenses; estas últimas, alumnas del Colegio de Señoritas—¿cómo tiene más valor un pedazo de cartón o lata para los costarricenses, que la carne de sus mujeres?); porque un caballerete panameño con unas pobres ideas patriotas entre la mollera—como los hay entre nosotros—se puso a echar por su boca adjetivos groseros para Costa Rica o porque un malicioso panameño aludió—estando un tico presente—a la negra que mató algún soldado quizá del famoso batallón con nombre de película de cine

«el Batallón de la Muerte» o de cualquier otro de aquellos batallones tartarinescos?

Se puede ser enemigo de ese gobierno panameño; se puede sentir ira contra esos criminales panameños; el dandy panameño hace sonreír con burla y el malicioso panameño puede inspirar simpatía. Pero ¿cómo se va a odiar a los otros, al pueblo panameño víctima de ese gobierno como nosotros, contra la masa anónima, entre la que tiene que haber tantos hombres buenos, tantos mozos fuertes con ansias de amar y de vivir, tantos trabajadores abrumados, tantas madres sin hiel en el corazón, tantas mujeres cariñosas, tantos niños que en este instante en que escribo se duermen sonriendo en sus camas o en el regazo materno?

Sí, indudablemente el Diablo de Bernard Shaw tiene razón: La Muerte tiene más valor para los vivientes que la Vida. El rencor es una manifestación que tiende más hacia aquella que hacia ésta, y es al rencor al que le ha tendido la mano y no a la paz, una sociedad de sport, costarricense, formada por hombres jóvenes. Quizá no es el sport, —aunque a primera vista uno tenga esa ilusión—vereda que conduzca al camino de la Fraternidad Universal.

CARMEN LIRA

La rueca simbólica

Mohandas Gandhi, el líder del movimiento hindú contra la dominación inglesa, el inventor de la no cooperación, ya no podrá seguir hilando en la rueca que simboliza la protesta contra el invasor, y la esperanza de que los habitantes de la India puedan, sin acudir al extranjero, satisfacer a sus necesidades, lo cual sería la conquista definitiva de su independencia. Los médicos, dice la United Press, han encontrado a Gandhi debilitadísimo por el ayuno y no le han permitido que hile ni unos minutos diarios, a pesar de las súplicas del Apóstol.

Hé aquí, pues, un anticooperacionista perfecto. Un anticooperacionista que en el límite extremo de la inacción, levanta, no ya la bandera, sino la rueca. Es un anticooperacionista practicante, que predica y da el ejemplo; que paga de su persona, que está animado de un ideal formidable, cuya fuerza intrínseca, cuya virtualidad invencible sabrá imponerse tarde o temprano. Gandhi, con su ayuno y con su rueca, tiene amenazada de muerte a Inglaterra. Ese hombre enjuto que es casi un fantasma, se ha enfrentado al poderoso león británico; y se le ha enfrentado proscribiendo todo acto de violencia, todo inútil vocerío, toda fanfarronería destemplada. Gandhi preconiza la resistencia pasiva en forma evangélica. No ayudar al conquistador, no comprarle nada, hacerle el vacío. Nada más. Y cada vez que los hindúes han violado este programa, y han adoptado procedimientos de hostilidad activa contra los ingleses, Gandhi ha desesperado de su causa y ha declarado a quienes tal han hecho como a los peores enemigos de la libertad hindú, que no se conseguirá sino a base de no cooperación apostólica.

Gandhi tiene una fe ciega en la fuerza de la no cooperación hecha a base de sinceridad, de entusiasmo, de sacrificio, de absoluto desprendimiento de las cosas terrenales. Y sin duda un movimiento así necesariamente es invencible. Desgraciadamente, sólo en la India mitológica de los fakires, de los fanáticos, que logra suprimir el dolor a fuerza de voluntad.

Trasladada a otras latitudes, la no cooperación se torna en caricatura risible, y en vez de apóstoles ascéticos, como Gandhi, suele encontrarse cada anticooperacionista cuya gordura y apetito son dignos de envidia.

(De *El Tiempo*, Bogotá).